
EDITORIAL

Es preciso confesar que todos tenemos mil ignorancias. Pero hay que decir también a renglón seguido que no todas las ignorancias tienen ni la misma importancia ni las mismas consecuencias. Entre los varios errores que pueden deslizarse en el espíritu humano existe un género de falsedades que debería preocuparnos sobremanera: el que afecta, en cualquiera de los ámbitos, a los principios en los que se apoya el conocimiento o aquellos de los que parte la vida. Los errores concretos y parciales son inevitables; pero si lo que pensamos y aceptamos como verdad sin serlo, tiene referencia a realidades fundamentales, todo queda falseado; podríamos llegar a decir que entonces se vive en "estado de error".

A veces, sobre todo en nuestro tiempo en que los rápidos medios de comunicación social difunden las palabras con una celeridad desconocida en otras épocas, suele bastar con unas cuantas afirmaciones que se repitan y se divulguen incansablemente, para que al cabo de muy poco tiempo una gran mayoría de personas acepte lo que se va repitiendo como si se tratara de la realidad más evidente. De esta forma muchos asertos que no resistirían ante una crítica medianamente razonada, se convierten en algo que actúa, con lo cual hay que contar y que va produciendo sus efectos aunque su valor intrínseco y su misma verdad sean nulos.

No sería difícil encontrar también en el campo de la pastoral litúrgica todo un elenco de asertos desprovistos generalmente de todo fundamento, pero que a base de repetirlos, se va abriendo camino y llegan a ser comunmente aceptados: que la Confirmación sea, por ejemplo, el sacramento en que el joven "confirma" su fe ya adulta; que la Oración de los fieles constituya la parte celebrativa en que los laicos expresen "su propia oración" frente a "otra oración", que sería la propia de la jerarquía; que el ideal litúrgico hacia el cual

debe tenderse para ser fieles a las prácticas de las iglesias primitivas es que cada comunidad vaya construyendo con “imaginación” su propia liturgia bien adaptada y se huya así del formalismo ritual; que los jóvenes expresen y vivan el misterio de pascua con la “inventiva” propia de su edad en las Pascuas juveniles, son tantos otros asertos que muchos creen inconcusos, pero que deberían ser razonados antes de ser aceptados como verdad.

Un mínimo conocimiento de lo que fue la historia y de la teología litúrgicas evidencian hasta qué punto muchos de los asertos que se divulgan y hacen “fortuna” están faltos de fundamento y desprovistos de verdad. Así partir del significado popular de la palabra “Confirmación” para convertir el segundo sacramento de la iniciación cristiana en un gesto con que el joven “confirma” una fe aceptada inconscientemente en el bautismo, es ignorar lo que esta palabra significaba cuando se dio el nombre de “Confirmación” al segundo sacramento. “Confirmare”, en efecto, significaba que el obispo ponía el sello final –la firma– a lo que se había iniciado en el bautismo; por ello dar a esta palabra el significado de confirmar personalmente y de manera adulta la fe es partir de una comprensión falsa de la palabra. Como sería falso también partir de la expresión “Oración de los *fieles*” para convertir la plegaria universal del pueblo sacerdotal de los bautizados en la oración de los laicos, pues cuando se acuñó esta expresión, la palabra “fieles” estaba muy lejos de significar laicos: el vocablo se contraponía a “catecúmenos” para significar a los que ya habían recibido el bautismo. Oración de los fieles significaba, pues, –y continúa significando en los documentos conciliares y litúrgicos– la intercesión sacerdotal de los cristianos –obispos, ministros y pueblo– en favor del mundo, no la oración de los laicos en contraposición a la de los clérigos. ¿Y quién se atrevería a proponer la representación de las óperas “Aida”, la “Traviata” o “La bohème” o la audición de la quinta sinfonía de Beethoven adaptadas a un público de jóvenes? El contenido de estas obras es consistente en sí mismo y por ello no admite adaptaciones por edades o por idiosincrasias. Un joven, lo mismo que un adulto o un anciano, si tiene la debida sensibilidad artística, captará estas obras; o bien buscará, en su caso, otro género de música o representación más adaptado a su sensibilidad, pero nunca pretenderá adaptar a sus aires lo que tiene un contenido ya bien definido. Adaptar la Vigilia pascual, que es la celebración más universal de la Iglesia, a un solo grupo de fieles, sería un despropósito tan evidente como pretender la representación especializada de una ópera o la audición de un concierto de música clásica a un grupo de jóvenes.

P. F.